

Los barrios de Catedral

MA. NATIVIDAD
FLORES MEDINA

A LOS OJOS DE UNA NIÑA (1940-1950)





EL GRAN SALTO (DUOTONO) / LÁPIZ, TINTA Y ACUARELA / PAPEL / 44 X 58.5 CM / 2010

Dice Julien Green que “cuando nace un niño sobre la Tierra no es sólo un ser sino que en él renacen millares de seres con sus esperanzas no satisfechas, sus codicias, sus inquietudes y la quemadura eterna del amor.” Así llegué a este mundo en el año 1938 en mi ciudad de Monterrey. Justamente el año histórico de la expropiación petrolera; justamente cuando mi hermano mayor llegaba a los 18 años y mi padre le entregaba la llave de la casa y una cajetilla de cigarros, significando con ello que podía fumar delante de él.

Si bien mi mundo y mi dios eran los ojos y el rostro de mi madre, sé que a mi alrededor estaban mi padre y mis ocho hermanos mayores; después llegaría el menor, a quien le daría mi cariño y cuidados, quizá como prefigura de mis propios hijos.

Un poco más a mi alrededor, nuestros vecinos de la calle de Mina entre las de Ocampo y Abasolo, llamado ahora Barrio Antiguo.

II

Me parece que fue san Benito quien dijo que la vida en común es una mortificación. Probablemente se refería a otras situaciones, lo que fue a mi niñez, la vida en común era alegría renovada cada mañana.

En ese entonces era muy común ver a los “electricistas”, así les decíamos mis hermanos y yo a esos intrépidos hombres que subían a los postes de luz para arreglar los desperfectos. Un cinturón holgado era su guardavida, así como unas púas de acero en sus botas, las cuales clavaban en la madera astillada para subir y quedar colgados y desempeñar su trabajo. Eran nuestros héroes, podíamos mirarlos toda la mañana desde nuestras grandes ventanas y, cuando se iban, haciendo ruido como de espuelas, ya esperábamos su regreso.

Por supuesto que la imitación en el niño es un aprendizaje maravilloso, así que los cintos de mis hermanos mayores, o un mecate, nos convertían en esos seres fantásticos y, por la tarde, a la hora del pan, nos subíamos a lo alto de la ventana, esas ventanas que aun luce la calle de Mina, y ahí el volcán o la rosquilla de la panadería ligada a los regiomontanos “El Nopal”, sabían a gloria verdadera, pues esa altura era semejante al cielo y el sabor de ese pan, un manjar.

III

Doña Mariquita Flores, mi tía, vivía en la esquina de Mina y Ocampo, y las tres casas que le siguen por Mina eran también de su propiedad. Siempre fue una mujer recia y decidida. Había un acontecimiento en el barrio que hacía que las cabezas de los vecinos se asomaran por los postigos de puertas y ventanas; era la llegada de doña Toñita a la casa de mi tía. Llegaba en una calesa negra tirada por un caballo; su cochero, muy tieso, se bajaba y le abría la pequeña puertecita y de ella salía una dama de corta estatura, vestida de negro, muy elegante.

Según entiendo, ella y su abogado le llevaban los asuntos financieros a mi tía que era viuda y no tenía hijos. Sus hijos fuimos todos sus sobrinos: éramos como 26, más los sobrinos nietos, la verdad formábamos un enjambre. Lo cierto es que el día de su santo, el 8 de septiembre, el barrio entero estaba invitado a su casa. Todo el día duraba su fiesta, las puertas estaban abiertas y en la mesa podía verse fruta, dulces, agua fresca, atole, nata, repostería, algún vino dulce, cazuelas enormes con arroz, gallina en mole, frijoles y desde luego membrillo y perón en dulce. A mí se me ocurría que el cielo entero cabía en esa sala de provincia. Aún ahora tengo sueños que son fragmentos de esa realidad: la felicidad de la niñez.

IV

Debo decir que hubo un hecho en mi barrio de gran trascendencia. Una de las casas de mi tía, justo la de nuestro lado, fue vendida. La compró nada menos que el gran pianista y director de orquesta José Sandoval. Le hizo reparaciones y nosotros los pequeños seguimos muy de cerca esas tareas arquitectónicas. Las lomas de arena que descargaban eran ideales para los túneles en donde escondíamos carritos de carrete de hilo y canicas.

Una vez casado, oímos su alegre voz y la de su esposa Josefina, nacida en Torreón, Coahuila. Yo estaba en mi gran ventana; él llamó a su esposa y le dijo: “Mira mi novia Mariquita”. A mis cuatro años

no entendí, pero recuerdo sus saludos cariñosos. Había ocasiones memorables en que llegaba a la casa de Pepe Sandoval el cantante Fernando Fernández y era escuchar música y canciones todo el día, y qué música y qué voz para cantar. Vimos crecer a sus hijos; el mayor de ellos, José Sandoval Mijares, es hoy un gran concertista.

AÚN AHORA TENCO SUEÑOS QUE SON FRAGMENTOS DE ESA REALIDAD: LA FELICIDAD DE LA NIÑEZ.

V

Sucede que cada uno de nosotros se las arregla bastante bien para no confesarse a sí mismo a lo que le teme. Enfrente de nuestra casa y abarcando la inmensidad de mi horizonte,

veía la “Casa del Agrarista”, construcción que abarca una manzana entera. Fue construida como “Casas Reales” por un capitán de navío que llegó como gobernador del Nuevo Reino de León en la segunda mitad del siglo XVIII; eran los tiempos en que el pueblo debía dar casa a obispos y gobernadores. También está relacionada con el movimiento cristero, fue el Colegio San José y recientemente esta bella construcción ha dado albergue al Museo Regional de Culturas Populares.

En ese tiempo (1947) recuerdo que vi reunidos tantos campesinos que llenaban la calle y las contiguas. Este hecho trajo consigo la prohibición de entrar a esa casa que albergaba las oficinas de asuntos agrarios. La prohibición no era oficial pero pesaba más que si lo fuera pues provenía de mis hermanos mayores; mi padre había fallecido y ellos tomaron la responsabilidad, junto a mi madre, de los más pequeños. No sé si a los demás les pasa, pero a nosotros esa prohibición nos hacía crear fantasías y, a pesar de ella, entrábamos en esa enorme casa.

Tenía después de la sala de oficinas, un salón central enorme, después un patio y por una puertita de un muro que le fueron pegosteando se llegaba a un aljibe y después a un patio mucho más grande; éste llegaba hasta las márgenes del río Santa Catarina. Yo había escuchado de mis mayores que se rumoraba que había en ella un túnel que llevaba hasta la Catedral. En ese patio vi la hendidura en el piso de unos dos metros de largo que, según se decía, era la entrada al túnel.

Pensábamos que con llevar una botella de agua y un palo era suficiente para explorar, nos sentábamos cerca de esa entrada y mi hermano de once años nos platicaba a los dos menores que podíamos encontrar españoles con armaduras y tal vez hasta una espada.

Pasaron los años y un día mi hermano pequeño asistió a la Secundaria No. 4 “Miguel Alemán Valdez” construida en ese gran patio que llegaba al río.

VI

Alguien dijo en una ocasión que si fuéramos razonables nos encerraríamos en la hora presente como en una habitación de dos salidas cuyas puertas permanecerían cerradas, tanto la que lleva al pasado como la que mira al porvenir. Tal vez ahora abro la puerta que da al pasado y por ella me llegan los aromas, las luces y los sonidos de la Plaza de Zaragoza a donde íbamos todos los domingos, después de asistir a misa.

Entre todos los recuerdos de ese lugar el más fuerte, casi una sensación, es sentir la mano de mi padre en la mía cuando me llevaba al kiosco en donde tocaba la Banda del Estado y yo sentía que era a mi corazón al que golpeaba el de la gran tambora. Ahí mi padre se sentaba muy erguido y se ponía a platicar con el abuelo de una niñita con quien yo correteaba alrededor del kiosco. Era Leonorcita Barocio, una niña muy agraciada que sabía bailar. Yo la admiraba y cuando jugábamos juntas me sentía contenta.

VII

Con mi madre viví emociones maravillosas desde que me decía: “Vamos al Parián”. Caminábamos por la calle de Ocampo hasta llegar a Catedral, pasábamos por la casa de ladrillo rojo donde vivía el señor que vendía lotería y que además cada mes nos vendía los pasquines “Pepín” y “Chamaco”, para retomar las aventuras de los “Supersabios” que leíamos sentados en el pasillo de plantas y jaulas con pájaros que mi madre cuidaba.

Pasábamos por la casa de las hermanas Flores, compañeritas del colegio, por la de mi compañerita Imelda Villarreal Junco, por la de las hermanas Montes que aún veo en ocasiones y las hermanas De la Garza con quienes he tenido oportunidad de volver a platicar.

A veces nos encontrábamos a Cipriano, aquél muchacho con necesidades educativas especiales

que algunos *malorillas* (que nunca faltan en el barrio) perseguían. A veces veíamos a Ramona, una señora vestida de negro que se guardaba periódicos dentro de la ropa. Decían que era una señora muy rica que había perdido todo en una inundación del río. Casi siempre estaba sentada en los escalones de Catedral, por donde está el Sagrario, con su bastón al lado, hablando sola de sus recuerdos.

Por fin llegábamos a la calle de Morelos. La magia comenzaba en la tienda Salinas y Rocha donde daban vuelta los desfiles y donde sus aparadores lucían arreglos. Seguíamos por la Tres B y llegábamos a la Casa Blanca donde mi madre me compraba zapatos. “¿Te quedan bien?, ¿no te aprietan? No, no te los puedes llevar puestos.”

Y así, con la caja de zapatos en mis brazos llegábamos a comprar la fruta, verdura, conejo, pescado o carne que mi madre iba escogiendo. ¡Qué olores tenía ese mercado! El maravilloso Mercado San Luisito. Los puestos recién regaditos, las flores en grandes ramos, las hierbas curativas, los artículos de cuero, los quesos y finalmente el barro. ¡Ah, sí! Es que siempre conseguía que mi madre me comprara una canastita tejida de colores o unas cazuelitas ovaladas que se metían unas dentro de otras o un metate chiquito; yo pensaba que era sólo mi petición lo que contaba, ahora entiendo que también para ella era un gusto comprármelas, quizá volvía a sus recuerdos y así repetía el milagro del tiempo.

VIII

Tal vez haya una intención secreta en la naturaleza que determina que unos fragmentos de memoria se rompan a su vez en fragmentos más pequeños que casi es imposible juntar pero que quedan grabados como estampas o “vistas”, como le llamábamos antes a los trozos de celuloide de las películas.

Así recuerdo algunas mañanas en que mi madre nos pedía que lleváramos una tina de nixtamal al molino, anticipación de unos ricos tamalitos de colores con pasas y nueces. Mi hermano mayor que nació antes de mí, ha sido siempre muy ingenioso y a sus nueve años ya era capaz de ponerle roles a una tabla y convertirla en carretón, haciendo que el travesaño del frente girara para dirigirlo con los pies, sentado en el tablón.

Bajábamos por Mina, con la tina de nixtamal en el carretón. Al llegar a la calle de Guillermo Prieto donde estaba el molino, nosotros no teníamos que hacer fila, eran las tinas las que la hacían y secretamente deseábamos que hubiera muchas tinas antes de la nuestra para poder jugar con el carretón en esa bajadita maravillosa que ayer mismo fui a ver para recordar mejor.

IX

La Catedral, cuántos recuerdos, cuán importante ha sido siempre. Aquellas posadas que organizaban las damas de la UFCM, recuerdo que desde las cinco de la tarde nos íbamos a sentar en sus grandes bancas y poco a poco se llenaba de un bullicio precioso, el bullicio de los niños. Después salía el padre Antonio de Padua Ríos y se paseaba por la nave central dando algunos coscorriones para invitar a la compostura, mientras escogía a los niños y niñas que llevarían los farolitos durante el rezo del rosario. Alegría cuando llegaba a la casa y gritaba: ¡Me escogieron para farolito!

Los sábados era la doctrina. Se hacía cargo de los pequeños el padre Rizo, recién ordenado. Una ocasión pasó por nuestra calle en su moto y agitó la mano para saludarnos. Cada sábado recibíamos un boletito y en Navidad los podíamos canjear por regalos. Pero, sobre todo, recuerdo las misas en que oficiaba el arzobispo, las misas pontificales. Las religiosas del Verbo Encarnado llevaban su hábito rojo y sus manos siempre juntas; nosotras, nuestro uniforme azul con cuello y puños blancos y moño rojo y nuestros pies siempre inquietos. Duraba unas tres horas, yo ni las sentía, sabía que algo grandioso sucedía en esos momentos, sentía el olor del incienso y los cantos de los seminaristas, sentados en aquellas sillas de respaldos altos de madera labrada ubicadas en ambos lados del altar.

Ahora sé que se estaba revelando lo sagrado, lo absoluto, lo eterno. Al salir de Catedral yo sabía que había tocado el dintel del cielo que simboliza la trascendencia, la fuerza, la inmutabilidad. El canto de una tribu africana resume así su filosofía religiosa:

Nzame está arriba, el hombre abajo.
Nzame es Dios, el hombre es el hombre.
Cada uno en su sitio, cada uno en su casa.

LOS TENDEROS DE LOS COMERCIOS O "TENDAJS" ERAN CONOCIDOS POR TODOS YA QUE NO EXISTÍA EL FRÍO E IMPERSONAL SUPERMERCADO QUE OFRECE SIN RECATO SU MERCANCÍA.

Mi canto sería diferente por el hecho de haber participado en las misas de Catedral y haber trascendido la condición humana.

X

Las boticas de mi barrio eran verdaderas muestras de higiene y esmero, todo orden y cuidado, todo amor y dedicación. La Botica Rosales atendida por don Mucio por la calle de Ocampo y la Botica Morelos un poco más distante de mi casa pero a donde veíamos acudir a su responsable todos los días a la misma hora.

Cuando llegaba el mes de la vacunación de la viruela, este señor llegaba a vacunarnos a nuestra casa, por ello los chiquillos le decíamos "el vacunero" y cuando pasaba yo le decía con cariño: "Adiós, vacunero", y él contestaba con una sonrisa.

"Ve a la botica y compra 20 centavos de glicerina con agua de rosas"; "trae un emplasto para sacarte esa astilla del dedo"; "ve a traer una purga preparada con sabor a fresa", y el boticario, ante mi pedido, se daba vuelta y sólo veía su bata blanquísima y su brazo que iba de una botella a otra, después mezclaba y me entregaba no sólo una medicina, me entregaba todo su conocimiento y noble oficio.

XI

Los tenderos de los comercios o "tendajos" eran conocidos por todos ya que no existía el frío e impersonal supermercado que ofrece sin recato su mercancía.

El tendero saludaba, él conocía a sus marchantes, había un coloquio antes de la pregunta: "¿Qué se te ofrece, mi niña?". Al frente del mostrador había unos grandes cajones inclinados, cada uno con un cucharón de lámina en donde se podía ver y tocar el frijol, maíz de diferentes colores, habas, arroz y azúcar. En una de las esquinas,

apilada junto a la pared, la leña amarrada en haces y las bolsas de carbón. Sobre el mostrador una balanza que invariablemente presionaba con mi dedo para que se moviera y yo pensaba: “¿Tanto pesa mi dedo?”. En charolas, también sobre el mostrador, el tomate, cebolla, chiles variados, limones, limas y membrillos.

En la pared, luciendo con orgullo detrás del mostrador, las latas y envases de leche en polvo que recién comenzaba a ser conocida en Monterrey. Y cómo habría de faltar la vitrina con dulces de leche y coco, el canasto de pan, el bote de lámina galvanizada que servía como medida para la leche, o bien botellas de vidrio con capacidad de cuarto, medio y litro, selladas con un tapón de cartón encerado.

Al final de la compra venía lo mejor: don Marcos abría con un cordón la vitrina de los dulces y me daba el pilón, los consabidos gusanitos de leche de a centavo. El trato personal y amable, el despacho de lo solicitado y el pilón. ¡Vaya manera de satisfacer una necesidad tan cotidiana!

CUÁNTO LE COSTÓ A MI PADRE EL QUE UNA CULTURA, LA DE LA FRONTERA, HUBIERA CAMBIADO A SU HIJO SIN IMAGINAR QUE ESTO SE VIVIRÍA DESPUÉS ACELERADAMENTE.

XII

Por mi calle de Mina pasaban dos camiones: el Obispado-Acero y el Tapia-Fundiciones. El primero, amarillo, el segundo, rojo. Yo los reconocía por el ruido. Un día subimos al Obispado-Acero para visitar a los padrinos de mi hermanito que vivían en la colonia Acero. Para mí fue todo un viaje.

Cuando mi hermano mayor, Beto, decidió irse a Tijuana a trabajar como dibujante y cartelista, yo ya sabía lo que era viajar pues había viajado en el Obispado-Acero. La sorpresa fue cuando regresó temporalmente para volverse a ir. Mi padre no comprendía ni aceptaba el cambio que se sintió en él: camisas de colores cuando las camisas sólo eran blancas o celestes, pantalón ajustado al tobillo, música

estridente que él llamaba swing. Cuánto le costó a mi padre el que una cultura, la de la frontera, hubiera cambiado a su hijo sin imaginar que esto se viviría después aceleradamente.

Y hablando de cambios y ruptura de moldes, llamé la atención en todo el barrio el que mi hermano Nacho comenzara a trabajar en un banco; vestido con traje y corbata todos los días, con un portafolios y oliendo a buena loción. Eso significaba pertenecer a otro grupo y, así, fue bautizado en el barrio como “el Conde”. Eran cambios inevitables, se estaba dejando el taller hogareño para comenzar otro tipo de vida en oficinas, fábricas y grandes comercios.

XIII

Recuerdo al zapatero que vivía por la calle de Guillermo Prieto entre Mina y Diego de Montemayor. A mi hermano y a mí nos gustaba verlo con su delantal de cuero sentado en una sillita baja de tule con el tas entre las piernas y un hierro forjado con la forma de una plantilla incrustado en dicho tas para acomodar el zapato en forma invertida; me llamaba la atención cómo se ponía las tachuelas en la boca para ir

tomando de una en una las que debía clavar; después dejaba aquel martillo delgado que tenía imán en la otra punta y tomaba una aguja lezna, la ensartaba con hilo fuerte y comenzaba la labor con ambas manos, luego pintaba las puntadas y arriba ponía grasa.

Cuando nos entregaba nuestros zapatos con medias suelas, tacones nuevos y cosidas las hebillas, el rechinar a cada paso me hacía sentir orgullosa pues era como traer zapatos nuevos; además, yo había visto cómo los transformaba.

Verdaderos artesanos y artistas que ofrecían su trabajo sin alarde, decía que hasta con humildad. Vaya este reconocimiento para todos ellos que han quedado en la memoria, en el corazón y en la vida de todos los que los conocimos. ☺

